

—Han obedecido á mi padre.

—¡Tu padre ha perdido para siempre á los mexicanos! añadió fuera de sí. ¡Maldito! ¡Maldito sea!

Temixpa se horrorizó al oír aquella maldición.

Zimpazin, poseído de una horrible sed de venganza, abandonó la estancia de la jóven, recorrió algunas habitaciones, y se dirigió á la cámara de Moctezuma.

Al llegar oyó una exclamacion de sorpresa y de asombro.

—¡Zimpazin! gritaron à un tiempo la emperatriz, los tres príncipes y algunos altos dignatarios que se hallaban en la cámara imperial.

—¡Sí, yo soy! contestó el jóven. Yo, que vengo resuelto á vengar los crímenes horribles que acaban de cometer los españoles.

Zimpazin llegó á tiempo.

Los que allí estaban reunidos buscaban el medio de arrebatár á Moctezuma del poder de los españoles, y el castigo de éstos por la crueldad que acababan de cometer.

CAPITULO LII.

La emperatriz de México y los consejeros de Moctezuma.



ANTES de referir lo que pasó al presentarse en la cámara Zimpazin, conviene que enteremos á nuestros lectores del objeto que habia reunido en aquella estancia á la emperatriz y á los consejeros de su esposo.

Dado el ascendiente que tenia Moctezuma sobre sus vasallos, se comprende con facilidad que les comunicara el desaliento en que habia caído.

En efecto: todos los que estaban acostumbrados á ver en él la energía y el valor reunidos; todos los que hasta entónces le habian considerado como su señor, no podian ménos de humillar la frente como él diciéndose:

—Cuando Moctezuma trata à los extranjeros de esa manera, cuando se doblega á su voluntad, cuando hace tantos sacrificios para demostrarles la sinceridad de sus intenciones, no hay duda de que esos hombres son superiores á nosotros; no hay duda de que los vaticinios de los augures se han confirmado; no hay duda de que los dioses, reconociendo en ellos á los descendientes del gran Quetzalcoal, imponen al emperador, y por lo tanto, nos imponen á nosotros obediencia y respeto hácia los extranjeros.

La actitud de Moctezuma era, pues, la de los altos dignatarios de su córte, y en vano Cacumatzin habia tratado de disuadirle y de comunicarle el fuego que ardia en su pecho, la sed de venganza que devoraba su alma.

¿De qué le servia su ejército de Tezcuco, si acostumbrados los tezcucanos á admirar el valor de los soldados de México,

los veían confusos y aterrorizados en presencia de los extranjeros?

Aun cuando consiguiese arrastrarlos á la pelea, ¿no era de presumir que Moctezuma opusiese á las fuerzas de Tezcucó las fuerzas de México?

Y si se encendía la guerra civil, ¿no serían los españoles los que más partido sacasen de aquellas disensiones?

La dura ley de la necesidad había obligado á Cacumatzin á contener el empuje y el coraje, y para no malograr el éxito de la tentativa que estaba resuelto á llevar á cabo, quiso, aceptando el sacrificio de Qualecopoca y de los prisioneros, perecer antes que dar el golpe decisivo á todos los magnates de México, para que le ayudasen á conquistar la independencia de la patria; el príncipe de Iztacpalapa no se prestaba á secundar sus planes.

Supersticioso en mayor grado que Moctezuma, consideraba la presencia de los extranjeros como un castigo impuesto por los dioses á los abusos del poder, que Moctezuma y sus consejeros habían cometido, y creía con la resignación poner término más pronto que con la saña á aquella expiación.

Cacumatzin, profundamente entristecido, porque dudando de Guacalcinla, faltaba á su alma la felicidad que hasta entonces le había soñado, solo tenía lamentos para deplorar la suerte de su patria.

Ninguno de los dos se atrevía á contrarestar las órdenes de Moctezuma.

Viendo Cacumatzin lo inútil de sus esfuerzos, desconfiando del apoyo de los dos príncipes, buscó á la emperatriz Miazochil.

El sentimiento de venganza que ardía en su pecho halló eco en el de la esposa de Moctezuma.

—Tú desconoces al emperador, exclamó Miazochil. Yo no solo le desconozco, sino que siento que ha perdido mi alma todo el

amor que le profesaba. ¿Cómo es posible, ostentando en las sienes la corona imperial, aceptar las humillaciones que le han impuesto los extranjeros, abandonar sus casas, sus familias, vivir supeditado á la voluntad de hombres audaces, cuyos fines se traslucen perfectamente; consentir que sus más valerosos guerreros se hallen aprisionados y condenados á muerte por los que debían ser las primeras víctimas de su indignación?

Yo siento que la vergüenza enciende mi rostro; yo quisiera que los mexicanos escuchasen mi voz, y aunque supiera hallar la muerte, preferiría morir á sufrir el oprobio que ha dejado caer sobre México la debilidad de Moctezuma.

Viendo á Miazochil propicia á sus designios, procuró poco á poco ganar la voluntad de los magnates.

Cuando supo que el emperador había consentido que los españoles ligasen sus pies con infamantes cadenas, convocó en su palacio á todos los miembros de la familia imperial, les refirió lo que pasaba, y ante aquel grado de ignominia pudo conseguir que con más ó menos sinceridad se ofreciesen á ayudarle en su empresa todos cuantos le oyeron, incluso los soberanos de Tzacuba y de Iztacpalapa.

Unidos todos para no soportar por más tiempo tanta humillación, formaron desde aquel momento parte de una conspiración, cuyo fin era salvar á Moctezuma y castigar á los extranjeros.

Cacumatzin pensaba de otra manera.

El señor de Tezcucó sabía que no lograría sus designios sin que tuviese lugar una sangrienta lucha, y se proponía aprovechar en ella la ocasión de quitar la vida á Moctezuma y de alzarse con el cetro del imperio, que no era ya en sus manos más que un signo de baldon y de infamia.

Los días que trascurrieron desde que los españoles pusieron los dorados grillos al emperador hasta el en que se consumó el

castigo de Qualcopoca, la emperatriz y los consejeros de Moctezuma procuraron, al visitarle, en su conversacion inclinar su ánimo á que protestara contra el castigo de sus generales, y á que diese la órden para que, oponiéndose á semejante atentado las fuerzas del imperio, libertasen á la patria del oprobio que iba á caer sobre ellos.

Todas estas tentativas fueron inútiles.

Moctezuma queria á toda costa conservar la amistad de los españoles, y estaba resuelto á no oponer resistencia á sus designios para que se convencieran de su sinceridad.

En vista de esto, quiso la emperatriz, secundando las iras del señor de Tezcuco, que los tres príncipes y los magnates que tenían más influencia sobre el pueblo de México, celebrasen una reunion para acordar en ella el partido que deberian tomar.

Este consejo se anticipó, porque acudiendo á palacio todos los que debian formar parte de él para comunicarle la impresion que en ellos habian producido aquellas hogueras, y sobre todo la actitud cobarde de los mexicanos.

—Los males que aflijen á la patria, dijo Cacumatzin, son grandes, y requieren pronto y eficaz remedio.

No es posible dilatar más tiempo el castigo de nuestros hermanos.

Los mexicanos temen, porque ven que nosotros consentimos tantas infamias, y en cuanto nos vean dispuestos á oponer resistencia nos ayudarán, y el triunfo será nuestro.

Comprendiendo todos la urgencia con que la situacion por que atravesaban reclamaban medidas enérgicas, resolvieron no abandonar la cámara imperial sin haberse puesto de acuerdo para conjurar tantas desventuras.

Contínuamente llegaban servidores de palacio á dar cuenta de lo que pasaba en la plaza.

Lo que más indignaba á Cacumatzin, era el temor que se habia apoderado de los mexicanos.

—¡Oh! Si yo pudiera contar en este instante con mis soldados de Tezcuco, exclamaba, aun á riesgo de perecer, me lanzaria con ellos al combate; el estímulo aguijonearía á los mexicanas, y todos unidos acabariamos en breve con los hombres de la raza maldita.

—No se olvida tan fácilmente la obediencia á un monarca poderoso como Moctezuma, objetó con su acostumbrada mesura Quetlahuaca. Cuando un soberano tan sabio y tan querido de los dioses lo sacrifica todo á la paz, razon tendrá.

—Segun eso, exclamó Guatimotzin, nos aconsejas la prudencia y la calma.

¿Quieres que veamos con tranquilidad de espíritu à Moctezuma léjos de nosotros, fuera de su palacio y en compañía de sus enemigos?

¿Quieres que presenciemos impávidos, con indiferencia, atentados tan horribles como el que están cometiendo en este instante?

¿Olvidas que Qualcopoca es uno de los más valientes, de los más leales guerreros del imperio de México?

¿Olvidas los inmensos servicios que ha prestado á Moctezuma, sometiendo á su mando las tribus montaraces de los totonaques, convirtiendo en tributarios suyos á los poderosos caciques de Zempoala y Tabasco?

—Moctezuma, dijo la emperatriz, ha cometido una horrible ingratitud al entregarle á los españoles.

—Y su hijo, y el bravo Zimpazin, ¿merecia la suerte á que le ha condenado despues de haberle ofrecido el más rico trofeo, la cabeza de uno de los más formidables extranjeros?

—Pues bien; todos esos actos indicar que alguna grave enfermedad moral se ha apoderado del espíritu del emperador.

--Guacolando, dijo el príncipe de Iztacpalapa, tú que eres el ministro de su conciencia, tú que posees toda su confianza y eres su intermediario para con los dioses, explícanos la causa

de ese radical cambio que se ha operado en su modo de sér.

— Los dioses lo han querido, contestó Guacolando. Noches enteras ha pasado absorto en sus oraciones; hemos empleado todos los conjuros para saber la voluntad del gran Tezcalepuzca, y los oráculos han aconsejado siempre al emperador que sufriese resignado las calamidades que iban á desencadenarse sobre su imperio: vosotros le culpais, no os falta razon; pero si leyerais como yo en el fondo de su alma, os apiadaríais de su martirio, y comprenderíais que solo el deseo de salvar á su pueblo es el que le obliga á preferir las humillaciones á la muerte.

— Así será, dijo Cacumatzin; pero no es posible permanecer inactivos en presencia de los males que nos afligen.

En aquel momento llegaron unos cuantos mercaderes de la plaza de Tlatelulco, y refirieron la desaparicion de Zimpazin y el horrible tormento que acababan de sufrir Qualcopoca y sus desgraciados compañeros.

Poseidos de un inmenso horror:

— ¡Venganza, venganza! gritaron todos.

— Es necesario que paguen cara la sangre que han derramado, exclamó uno de los magnates.

— El único medio de poner término á los crímenes de los extranjeros, es resolvernlos á considerar vacante el trono.

— Sí, sí.

— Moctezuma no le ocupa.

— Los españoles le tienen prisionero.

— El imperio no puede vivir sin una cabeza que sustente la corona, sin un brazo poderoso que empuñe el cetro.

— Pero Moctezuma no ha muerto.

Ocupar su puesto sería una usurpacion.

— No quiero yo que le reemplacemos de un modo definitivo. Lo que deseo es una sustitucion provisional.

— La emperatriz debe asumir todas las facultades de su esposo, dijo Guatimotzin.

— La emperatriz no, contestó el señor de Tezcuco fuera de sí, porque las palabras del rey de Tacuba destruían sus proyectos.

— Jamas se ha sentado en el trono de México una mujer, y mucho ménos ahora que nunca debe ocuparle, cuando se necesita fuerza y valor para conjurar los peligros.

No, yo respeto á Miazochil; yo la respeto y la amo tanto ó más que vosotros; pero reconozco que no podemos ni debemos confiarle tan difícil y delicada mision.

Es necesario que uno de nosotros, el que más odie á los extranjeros, el que más dispuesto esté á sacrificar su vida por la patria, reemplace á Moctezuma.

Estas palabras revelaron los ambiciosos deseos de Cacumatzin, y no hubo uno de los presentes que no sintiera repulsion hácia él.

Hubo una breve pausa.

— No, dijo de pronto Quetlahuaca, no tenemos derecho para cometer esa usurpacion.

Unidos todos, para respetar á Moctezuma debemos aliviar su suerte y la del pueblo mexicano; debemos recurrir á la persuasion y á las súplicas. Por mi parte, declaro que me opondré á cualquiera otra tentativa.

— Y yo, dijo Guatimotzin.

— Y todos, añadió la esposa del monarca.

— Sois dignos émulos de Moctezuma, exclamó poseido de frenética ira Cacumatzin. Yo os abandono; nada quiero de una nacion que acepta resignada el dogal de la esclavitud.

Fuerzas tengo bastantes en Tezcuco para impedir que los españoles consumen sus infames designios.

Al terminar estas palabras se levantó y abandonó la estancia.

No sabían los circunstantes qué partido tomar, cuando la inesperada presencia de Zimpazin varió por completo la actitud de los deudos y aliados de Moctezuma.

CAPITULO LIII.

En el que Zimpazin se prepara á vengar á su padre.



¡ZIMPAZIM! exclamaron todos á la vez, llenos de asombro.

—Sí, yo soy, dijo el jóven; yo que he podido escapar de las manos de mis verdugos, y estoy dispuesto á vengar á mi padre.

—¿De qué manera te has salvado? le preguntaron todos.

—Es un secreto, que prueba que los dioses favorecen la causa de los mexicanos.

—Explícate.

—Romped las ligaduras que quebrantan mis piés; que yo sea libre, y os hablaré de mis proyectos.

Inmediatamente dió orden Guatimotzin para que quitasen los grillos á Zimpazin.

La operacion fué larga, porque hubo necesidad de romperlos.

Al cabo de algun tiempo de silencio, una vez libre el jóven, todos se aprestaron á escucharle.

—Mi padre ha sucumbido de la manera más inhumana, exclamó Zimpazin.

El venerable anciano, el guerrero más valeroso del imperio mexicano, ha muerto devorado por las llamas.

Tres de los más valientes capitanes de su ejército han sufrido la misma suerte, y los mexicanos han huido, ó han presenciado impávidos tan horrible venganza.

¡Ah! Si yo hubiera llegado á tiempo, si no hubieran consu-

mado el crimen, habria buscado á los soldados de México, mi dolor les hubiera estimulado, y á estas horas la sangre de los extranjeros habria apagado las horribles hogueras.

Pero de todos modos, he jurado castigar su infamia, y la castigaré.

Oidme.

Mi padre ha dejado en Zempoala un numeroso ejército; cuando sepa su fin desastroso, pedirá venganza.

Yo me presentaré á los soldados, yo les pediré que me sigan, y me seguirán.

Poco importa que al abandonar las sierras de Zempoala se subleven aquellas tribus; poco importa que se pierdan las ciudades conquistadas, que se mermen los tributos.

Lo principal ahora es librar á México del yugo de los extranjeros; lo principal es sacudir su ominosa opresion.

Al ver los mexicanos á mis soldados dispuestos á morir ó vencer, saldrán de la apatía, el mismo Moctezuma reconocerá su poderío, se avergonzará de su conducta pusilánime, y volverán para nosotros dias de gloria y de esplendor.

—Tus esfuerzos generosos, Zimpazin, seran inútiles, dijo Guacolando.

Tus soldados se acobardarán como los de Tabasco y los de Tlaxcala, como los de Cholula y los de México.

Créeme, esos hombres son invencibles, y con la fuerza nada conseguiremos.

—Si así fuera, añadió Zimpazin, si no bastasen nuestros millares de hombres para destruir á ese puñado de aventureros, recurriríamos á la astucia.

Zimpazin se vió interrumpido por la llegada de un emisario de Moctezuma.

El emperador llamaba á su afligida esposa, y á su ministro Guacolando para comunicarles faustas nuevas.

Era tan urgente el recado, que Miazochil y Guacolando partieron en seguida.

Guatimotzin los acompañó, accediendo á los ruegos de la emperatriz.

Esta convocó á todos los circunstantes para la noche siguiente.

Solo quedaron en la estancia el príncipe de Iztacpalapa y Zimpazin.

—Has protegido mis amores con Temixpa, Quetlahuaca: yo voy á partir inmediatamente para Zempoala, y ántes quiero confiarte un secreto.

—Habla.

—Ignoro la suerte que me está reservada; pero me hallo dispuesto á ejecutar lo que he anunciado.

—¿Vas á partir?

—Sí.

—¿Confías en la lealtad de los soldados de tu padre?

—Sí, confío en ellos; pero los tlaxcaltecas y los zempoales son amigos de los españoles; podrian tenderme algun lazo, y en ese caso, quiero que tú me vengues.

—Habla.

—Has visto que he llegado hasta aquí, dijo Zimpazin.

—Sí. . . . ¿Qué has hecho para librarte de tus enemigos?

—Es mi secreto; pero voy á revelártelo.

—Estoy ansioso de saberlo.

—Mi padre, dijo Zimpazin, recordó, estando prisionero conmigo, que su padre en tiempo del otro emperador le habia hecho acompañarle á visitar una mina en el palacio que hoy ocupan los españoles.

—¿Una mina?

—Sí, abierta por orden del padre de Moctezuma.

Esta mina pone en comunicacion los dos palacios, y nada hay más fácil que penetrar una noche en la morada de los españoles, sorprenderlos dormidos, matarlos, y veagar á nuestros desgraciados hermanos.

Pero esta accion es cobarde, que solo en el último extremo debemos poner en práctica.

Antes apuremos los medios con la lucha leal: si nos vencen, aun nos queda un recurso.

Por si yo muero, te lo confío.

Quetlahuaca oyó con atencion la revelacion de Zimpazin.

El jóven partió.

Antes de salir de palacio buscó á la princesa Temixpa.

La jóven quiso detenerle.

Sus ruegos fueron inútiles.

Zimpazin se despidió de ella.

—Pronto seré digno de tí, ó dormiré el sueño de la muerte, dijo.

Y aprovechando la sombra de la noche, salió de la ciudad, y tomó el camino que conducia á Zempoala.

El príncipe de Iztacpalapa se quedó un momento pensativo.

—Cacumatzin, se dijo, aspira al imperio de México.

Guatimotzin, lo espera por herencia.

Yo no, y sin embargo, el hijo de Qualcopoca me ha dado los medios de alcanzar lo que tambien desea mi alma.

Yo salvaré á México, y contrarestaré los planes de los dos príncipes ambiciosos.

Aquella esperanza fué desde entónces su pesadilla.